

“DAME DE ESA SED” (Jn. 4, 6-42)

- 1- Nosotros somos las fatigas de Dios.
- 2- La distancia salvadora: “Siendo Tú... siendo yo”.
- 3- La Gracia de enterarnos: del don y del Donante.
- 4- Deseo y resistencias. “Si, pero...”
- 5- Nuestro corazón está lleno de “ocupas”.
- 6- ¿Quién puede calmar semejante sed? “Soy yo, el que está hablando contigo”.
- 7- La mujer corrió a contarle: “tuberías del Reino”

El Evangelio es siempre un texto vivo, aunque lo hayamos escuchado muchas veces y por eso tiene mucho de imprevisible, de novedoso. Tiene palabras que son dirigidas específicamente para cada uno de nosotros. A través de él, el Señor nos cuenta lo que tiene preparado para nosotros en este momento concreto de nuestra vida, en medio de nuestras circunstancias concretas. Vamos a presentar muchos escenarios distintos, muchos textos de referencia, quedaos en aquellos que más os cojan por dentro. Aunque vengan más reflexiones, nuevas ideas o nuevas invitaciones. **Si algo os tiene cogidos, paraos ahí**, darle tiempo, desentrañar lo que el Señor quiera decirlos. “No el mucho saber harta y satisface el ánimo, sino el saber y gustar internamente de las cosas de Dios”

Hoy queremos que este relato de la samaritana con el que comenzamos la primera mañana, sea, un poco, como el telón de fondo, el marco, la puerta de entrada de estos ejercicios y de la experiencia que aquí queremos vivir.

Llega Jesús cansado. Es mediodía. **Me alegra mirar al Señor cansado**. Me alegra porque así sé que Él no es ajeno a nuestros cansancios. Sabe de ellos porque los ha experimentado. Muchas veces aparece Jesús así en el Evangelio: cansado pero sobre todo **acogiendo nuestros cansancios**: Pedro, cansado de perdonar; (“Pero, ¿hasta cuantas veces tendré que perdonar?”); la mujer hemorroisa cansada de tanta fragilidad (18 años enferma y yendo a peor), el paralítico de Siloé cansado de intentar mil veces inútilmente coger el tren de su salvación (38 años y siempre se me adelanta alguien cuando se mueven las aguas), el propietario de la viña, cansado de que su higuera, sus trabajos, no den fruto (“llevo ya tres años viniendo a por fruto y no lo encuentro”).

Jesús acoge nuestros cansancios del tipo que sean: Cansancios físicos, cansancios psicológicos y a veces cansancios vitales. Cansancios de final de curso (pasajeros y que se curan con unas pocas horas más de sueño o unos días de vacaciones) o experiencia global de cansancio y debilidad, de la que nos cuesta más sacudirnos o reponernos. Nos cansamos de muchas cosas: nos cansamos de tanta fragilidad (hasta física) o de tanto pecado, nos cansamos de esperar, nos cansamos de que las cosas no cambien como nos gustaría. Nos cansan determinadas relaciones a veces estancadas. Nos cansamos de nuestras reacciones, de nuestro carácter, de nuestros bucles, de nuestras tristezas, de nuestros miedos, de repetirnos tanto a nosotros mismos. Sentimos mucha fragilidad. Y no sólo un rato sino que sabemos cada vez más que la fragilidad forma parte de nuestro ser. Y nos va a acompañar siempre

Jesús sabe de nuestros cansancios. Y en su cansancio, esta mañana queremos poner los nuestros. Queremos darles nombre, mirarlos con paz. Con la paz que podamos. Pero sobre todo queremos volver a escuchar otra vez aquello de “venid a mí los que estáis cansados y agobiado que yo os aliviaré, porque mi carga es ligera y mi yugo llevadero”. Dios es nuestro cón-yuge (“el que está al otro lado del yugo”). Por eso podemos dirigirnos a él con una inusitada confianza: “Señor, éste es mi cansancio. Tú lo conoces del todo. Quizá algo ridículo si lo comparo con los dramas de la gente. Pero es el mío y esta mañana quiero vivirlo Contigo. Quiero saberme entendido del todo al mirarte cansado también junto a aquel pozo. Quisiera que, si es tu voluntad, comiences ya siendo la fuente de mi descanso. La primera gran fuente.

Me gusta mirar al Señor cansado, pero me sobrecoge aún más saber que su cansancio, sus fatigas somos cada uno de nosotros. Que Jesús llega a ese pozo agotado precisamente después de recorrer mil caminos, buscándonos a cada uno de nosotros. Nosotros somos la causa de sus fatigas, de sus cansancios, del empeño de su corazón por encontrarnos, por transmitirnos su pasión más grande: el amor inagotable del Padre.

Y eso conecta ya con la primera sorpresa: “Dame de beber”. La sorpresa de que la fuente inagotable que es Dios mismo quiera convertirse en indigente, en necesitado de nuestro amor. ¡Pero qué Dios es éste! La sorpresa de que Dios mismo tenga sed de nosotros, tenga sed de mí. Así es Dios. Un Dios que tiene sed de darse, de darnos todos sus dones, de darse a sí mismo. Sed de contarnos y de transmitirnos todo lo que alberga su corazón: toda su pasión por nosotros, todo su amor loco hacia nosotros y hacia este mundo nuestro. Un Dios que siendo manantial inagotable parece **mendigar nuestra sed**.

Y quizá todo este relato no sea sino el deseo de Jesús por ensanchar nuestra sed porque necesito que nuestro corazón tenga verdadera sed para que el agua que quiere darnos encuentre el cuenco adecuado.

Nos llena de sorpresa y de agradecimiento que Dios mismo, siendo quien es y sin dejar de serlo... se dirija a nosotros. Ojala que nunca nos acostumbremos a esto, que nunca nos parezca lo normal, lo debido. Ojala que estos días nos asalte muchas veces esta extrañeza preciosa: **“¡Cómo es que Tú eres así conmigo!**

“Si conocieras el don de Dios y quien es el que te pide de beber, sin duda que tú misma me pedirías a mí y yo te daría agua viva”. Aquí Jesús está dejando escapar un suspiro de su corazón: “¡Si conocieras el don de Dios!” Necesitamos que Dios mismo nos abra las entendederas, nos ensanche nuestra capacidad de asombro, dilate nuestra sensibilidad y nuestra fe... para intuir un poco de la inmensidad del don que es Dios.

Dios lo puede todo menos aquello precisamente que más desea su corazón, es decir que recibamos libremente su amor. Eso no lo puede sin nosotros. Dios no puede, no quiere imponerse desde fuera, tiene que **asediar nuestro corazón y nuestra vida hasta conquistarnos**. Eso es lo que hace con esta mujer, eso es lo que quiere hacer con nosotros.

Cuando Jesús mira dentro de su propio corazón ve tanto Dios Padre y Madre; ve tanto don. Ve tanta vida... que no le sale otra cosa que saltar: "Si conocierais el don de Dios". Esta mañana queremos pedir al Señor que se arme de paciencia con nosotros para darnos a conocer precisamente ese don. "Haz Señor que conozca, que anhele, que intuya, que guste, que me asombre, que reciba humildemente el don que eres tú.

Yo creo que en estas palabras de Jesús se concentran **lo mejor que le puede suceder a un creyente**: conocer el don de Dios, es decir **la experiencia de la Gracia y la experiencia de que Jesús**, que es "el que me pide de beber" **se me va haciendo por dentro "Señor de mi vida"** o sea "saber quién es realmente ese Jesús". Por eso dice el texto: "Si conocierais algo de esto... *sin duda*... sin duda, me pedirías a mí y os daría de esa agua viva". "Pues sí, esta mañana y estos días te lo vamos a pedir, Señor. Te vamos a pedir mucho que ensanches nuestro entendimiento, nuestro conocimiento y nuestra fe. Que no caigamos en la tentación de creer que sobre ti lo tenemos ya todo prácticamente sabido. Que poco más vas a poder aportarnos. Queremos pedirte que tu presencia rompa los estrechos tabiques con la que hemos construido nuestra pequeña fe.

Pero casi seguro que nos va a pasar como a esta mujer: que en nosotros se van a juntar las ganas, el deseo de acercarnos a este don de Dios y, a la vez, nuestras resistencias, las pegadas que le ponemos a Jesús o las pegadas que parece ponerle la vida, la realidad, el realismo. Demasiado bonito, demasiado etéreo, demasiado desencarnado. "¿Es que eres tú –le dice la samaritana a Jesús– más que nuestro padre Jacob?" "¿Acaso te consideras mayor que él?" ¿Qué tienes de distinto, Señor? "Si no tienes ni un triste cubo para sacar el agua y el pozo es hondo". Y el Señor parece decirle a la mujer (y a nosotros): dame también tus resistencias, tus pegadas, tus desconfianzas... no te las guardes, ni las reprimas. Forman parte de ti y hacen que tu búsqueda y tu sed resulten verdaderas. Dame tus resistencias racionales a creer y, sobre todo, tus resistencias afectivas para entregarte. Deja que emerjan, no las tapes. Las que llevas guardadas y a veces han aflorado a lo largo de este año. Esta mañana es un tiempo de intimidad Contigo Señor. **Un tiempo de sinceración**. De corazón a corazón.

Escúchame bien esto: "El agua *que yo quiero darte* (y esto lo repite dos veces para que quede claro) aspira a convertirse en tu interior en un auténtico manantial del que va a brotar un agua que ya no se va a agotar nunca. Quiero poner una fuente de agua viva en tu corazón para que no tengas necesidad de mendigar ya más otras aguas". **Quiero que tu corazón tenga fuente y una fuente inagotable**.

Ése es el don de Dios. La experiencia profunda de que **mi corazón tiene fuente**. De que Él es su fuente. La fuente de mis alegrías, de mi sentido, de mis desvelos. La fuente de mi amor concreto, de mi esperanza terca, de mi confianza probada. La fuente de mis afectos, de mis decisiones, de mi voluntad. La fuente desbordante de mi amor pequeño.

Así es la experiencia de la Gracia. Siempre **sabe a desproporción**. Siempre es algo que gratuitamente se recibe. Nunca es fruto de una conquista, de un trueque o del cálculo. "Sí mi corazón tiene fuente es porque Tú Señor la has puesto ahí". No es ni el resultado de mi madurez humana, ni de mi crecimiento espiritual. Es cosa totalmente tuya". Y esto supone que, sin dejar de ser pequeños, limitados, pecadores, torpes... hemos descubierto que el Señor, inmerecidamente por nuestra parte, ha querido plantarse en nuestra vida, para darnos su Vida. En el más adentro de nuestra vida para darnos la suya.

Y otra de las cosas preciosas de la Gracia es que siempre **sucede en mitad del realismo**. Y por eso ese diálogo tan raro con la samaritana sobre sus maridos. La Gracia no sucede en las nubes, sucede en personas de carne y hueso como nosotros. Sucede en mitad de nuestra fragilidad. Afortunadamente. Sucede a un corazón a menudo disperso, desparramado, poco unificado.

Y es que vamos llenando nuestra vida de "maridos", de compañeros de viaje que no calman realmente nuestra sed más profunda del corazón. Porque nadie puede llenar esa sed salvo Dios mismo. Porque en realidad **hemos sido creados para eso**: para ser recipientes del amor inagotable de Dios. **San Juan de la Cruz decía: no es que tengamos deseos o que algunos deseos sean muy profundos, es que nosotros mismos somos un "deseo abismal". Si a nuestra sed le quitáramos todos los placebos nos encontraríamos con un tipo de sed que sólo Dios puede saciar. Por eso nuestra cultura tiene mucho de sed reprimida, entretenida, engañada con bebidas espumosas. Nos hacen cosquillas pero no calman la sed. Y tanto nos hemos acostumbrado que, llenos de supuesto realismo, hemos reducido la sed a unas dimensiones razonables. Cuando somos sed de absoluto, que en ocasiones salta a la superficie como una extraña nostalgia de Dios.**

Estamos hechos para semejante sed pero nuestra realidad rastrera es que habiendo sido soñados para un amor así, en realidad **nos conformamos con muchísimo menos**. Muchas veces parece que preferimos entretener el corazón y la vida con otros amores menores. Nos conformamos y adaptamos nuestra sed a algo más manejable. Estando al lado del pozo de la vida somos capaces de beber de charcos, de aguas estancadas.

En esa imagen de los 6 maridos de la samaritana está representado todo aquello que ocupa nuestro corazón sin llenarlo, lo que lo mantiene entretenido o lo que le hace "ir tirando". No es que sean aguas malas muchas veces, es que son **insuficientes**. Y lo peor, es que están ocupando un lugar que no le corresponde. Un lugar que le corresponde sólo al Señor. **Nuestro corazón estará lleno de "ocupas"** hasta que descubramos su legítimo dueño, su Señor. "¿Quién está en estos momentos ocupando Señor tu lugar en mi corazón?"

Sólo cuando uno descubre este manantial dentro de sí, reconoce a posteriori lo precario de las otras aguas, de las otras fuentes. Y se siente infinitamente agradecido y le sale del corazón adorar a este Dios y hacerlo no formalmente (en este monte o en aquel) sino "en espíritu y en verdad"... donde sea, en todo lugar: en una capilla, en el despacho de trabajo, cuando paseamos al atardecer, entre los pequeños de este mundo, en nuestro sótanos interiores y en el bullicio. **Toda la realidad es lugar de adoración, ya no hay lugares, montes, reservados (ni siquiera éstos tan preciosos de Aranzazu). Adorar a Dios en todo lugar y también en todo tiempo: cuando las cosas nos van bien y nos brota el agradecimiento (y sabemos a quién dirigirnos) y también en los momentos de impotencia, de debilidad o de conflicto. Cuando acertamos a vivirlos con Él.**

Uno de los milagros más preciosos de esa fuente de agua viva que Dios ha instalado en nuestro corazón es que se pueden dar **experiencias aparentemente contradictorias**: puedo estar viviendo mucha tristeza o mucho dolor... pero de mí brota paz en el corazón. Puedo vivir mucha enfermedad, mucha limitación... pero de mí brota un sentimiento hondo y callado de confianza. Puedo vivir mucho conflicto, incluso mucho rompimiento interior... pero de mí brota **una ternura que yo sé que no nace de mí**. Puedo estar agotado, extenuado, fundido... y el que se despidió de mí lo hace diciendo que se ha sentido confortado. ¿De dónde nace todo

esto? No puede nacer sino de este surtidor interior que Dios mismo ha colocado en lo más profundo de nuestro ser. Y del que yo no tengo ni la llave y el grifo. Surge, brota, mana, nace... cuando Dios quiere.

Aunque sea un hilito de agua y mezclada con barro. **Esa agua tiene el pH de la vida eterna.** No nace de esta orilla de acá. Nace directamente de la orilla de Dios. Aunque discurra por nuestros cauces normalitos y cotidianos de cada día. Y ése es el precioso y el increíble milagro. Ese el don de Dios. Más aún, este agua no termina en la orilla de acá, con nuestra vida. Salta como un riachuelo hasta la vida eterna. Y eso da a nuestra realidad limitada y pobrecita un horizonte verdaderamente alucinante. Verdaderamente esperanzador.

A esta mujer samaritana le debemos muchas cosas y una de ellas es que si no hubiera tenido tantos maridos, tantos amores incompletos, tanta sed insatisfecha... acaso no habría captado, valorado, encontrado y agradecido lo que realmente le estaba ofreciendo Jesús. No habría sabido realmente valorar esa agua. La insatisfacción, la sed fue lo que le abrió el corazón. Lo mismo que el hambre fue lo que hizo volver al hijo pródigo. No hay como la sed viva para reconocer el poder salvador del agua.

Esta mañana queremos que el **“soy yo, el que está hablando contigo”** resuene una y otra vez, hasta arrancarnos o bien el deseo de que sea así, o bien el agradecimiento infinito porque es así y así lo sentimos, así lo sabemos. El agradecimiento porque ese “soy yo” haya roto nuestro silencio. Agradecimiento porque cuando surjan nuestros miedos, nuestra inseguridad, nuestra fragilidad, nuestra enfermedad, nuestro desamor... lo que sea. Desde dentro de la realidad podemos escuchar esas palabras llamadas a calmar siempre nuestro corazón: no tengáis miedo, ánimo soy yo. Palabras como las que escucha un niño pequeño cuando siente que no están sus padres y de repente vuelve a escucharlas “que soy yo”, y vuelve a recobrar la paz y la confianza. Como cuando Pedro y los suyos creyeron ver un fantasma en medio de su tormenta, de sus tormentos particulares. “Ánimo, soy yo”.

Hoy somos cada uno de nosotros esa samaritana que acudimos con nuestra realidad concreta donde Jesús. Que le contamos nuestra sed y que escuchamos sorprendidos cómo es él el que nos pide de beber, el que tiene sed de nosotros. Y nos ponemos a dialogar con él. Muchas veces forcejeamos con él, nos resistimos, nos escapamos, nos conformamos con mucho menos, desconfiamos, luchamos. Pero **el Señor va rindiendo nuestras defensas.** Ojala que no perdamos mucho tiempo en resistirnos, pues es el tiempo que vamos perdiendo de su don. Ojala se nos ensanche el corazón para albergar un poco su amor inabarcable, desbordante, generoso. **Ojalá reconozcamos, llenos de agradecimientos, la presencia de este manantial que Él mismo ha colocado en lo más recóndito de nuestro corazón. De modo que volvamos a confesar emocionados: Señor, todas nuestras fuentes están en Ti. Y es una suerte infinita que así sea.**

Al final la samaritana deja el cántaro y se va corriendo a contar todo lo que le ha pasado. **Deja el cántaro porque ya no lo necesita, ya tiene fuente interior.** Y corre a anunciarlo a los suyos. Se hace de escéptica a discípula. **Y con esto nos recuerda la última enseñanza. La relación de intimidad con el Señor, la suerte infinita de habernos enterado siquiera un poco del don de Dios, la sorpresa de que nuestro corazón tenga fuente propia... e incluso la intimidad con el Señor. Todo eso se nos ha dado para disfrutar de ello y seríamos tontos si no lo hiciéramos. Pero nos queda claro que todo lo que hemos recibido, llenándonos el corazón de alegría, es para el mundo.** No se puede quedar en nosotros, se corrompería como se corrompe el agua estancada.

Somos en el mejor de los casos **tuberías del amor de Dios**, tuberías de la Gracia. Por nuestros conductos corre un agua que no es nuestra, que no es para nosotros en monopolio. El agua de la Vida que el Señor hace discurrir dentro de nosotros nos alegra y nos refresca pero es para el mundo. La sorpresa, otra más, es que los primeros que salimos ganando con esta especie de trasvase somos cada uno de nosotros.

Textos para la oración:

Jn. 7,37-43: “Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba...de lo más profundo de él/ella brotarán ríos de agua viva”.

Sal. 41: “Como busca la cierva corrientes de agua viva... así mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo”.

Sal. 62,2-9: “Mi alma está sedienta de ti... como tierra reseca, agostada, sin agua”.

Os. 2: Un Dios que tiene que volver a reconquistarnos, a seducirnos, porque nos hemos ido con otros maridos. Un Dios despedido que responde reenamorando a su mujer infiel.

ALGUNAS NOTAS PARA LOS EJERCICIOS:

1. Distinguir entre dos tipos de tiempos y combinarlos adecuadamente:
 - a. **Los tiempos tranquilos:** de lectura, paseo, descanso... en el que mantener un clima de atención, de re-cogimiento, de centración suave...
 - b. **Los tiempos explícitos de oración:** Que piden un lugar y un tiempo concretos, como quien acude a una cita (en lugar y hora señalados). Ir a esos tiempos con "mapa": vengo a esto y voy a caminar con este texto del Evangelio. Aunque luego "el espíritu sople como quiera".
2. **Nuestras preocupaciones:**

Si traemos un problema, una decisión gorda, una preocupación honda... el consejo es dejar esa mochila en el coche. Dejarla ahí para que no nos pese ni nos bloquee durante todo el tiempo. Entre semana se nos escapará el ojo y comprobaremos que está ahí. De lo que se trata es de tomar distancia, de abordar nuestros problemas gordos con más luz y con luz indirecta: "Estoy aquí, hermana preocupación por ti, pero no es tu momento". Dejar en manos de Dios nuestras preocupaciones y recogerlas a la vuelta, el último día. Ojalá con otra luz, con otro horizonte, con otra perspectiva.
3. **Entrar con "determinada determinación"** en estos días.

Lo más importante no son las charlas. Es lo que ocurra entre Dios y tú en la "tienda del encuentro" de tu corazón. "Entonces, ¿Hay reflexión, análisis, pensamiento...? Sí, pero sobre todo hay atención a los movimientos interiores, a las intuiciones, a lo que nos toque por dentro. En dos sentidos:

 - a. **Consolación:** No pongas ningún freno a disfrutar con el Señor. "¿Quién dice la gente que soy yo? ¿Y tú quien dices que soy? Eres alguien con quien sólo nosotros sabemos cuánto llevamos viviendo y disfrutando juntos!!!"
 - b. **Desolación:** No huir de la desolación cuándo llega. Y puede hacerlo en forma de tristeza, de tapón, de miedos, de agobio, de sentimiento de soledad y aburrimiento... pero la desolación es para entregársela al Señor y preguntarle cariñosamente: "¿Qué me estás diciendo con esto, Señor?"
 - c. **Combate y paz:** En los ejercicios (y en la vida) si no hay combate es que el mal espíritu nos desarmó y no nos dimos ni cuenta. Es que el mal espíritu no se ha encontrado con oposición alguna por nuestra parte y acampó a sus anchas. Pero si no hay paz es que Dios no ha encontrado en nosotros resquicios por donde colarse.
4. El silencio como actitud de "atención amorosa sostenida"

No es por disciplina, rigidez, ascesis... es porque nos escapamos mucho con los otros ruidos. Y porque el silencio es un lujo, un amplificador de los susurros del espíritu y un espacio regenerador.
5. ¿Qué podemos esperar de estos ejercicios?

Lo que Dios quiera. Estar abiertos a todo: a dejarnos sorprender, golpear, acariciar, fluir, confirmar, corregir, consolar o que el Señor nos dé un revolcón... Abiertos a sentir mucho (emocionalmente) o no sentir nada. Porque el sentir o no, no es el último criterio. El último criterio es lo que Dios quiera. Y nuestro ruego:
Si vengo de lejos: "Señor, acorta Tú la distancia entre nosotros"
Si vengo de cerca: "Aquí estoy Señor para lo que Tú quieras, cómo y cuándo Tú quieras.
6. Que nuestro deseo de Dios no se convierta en impaciencia, en expectativas que parecen indicar a Dios qué tiene que hacer: "Señor mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros. No pretendo grandezas (o experiencias especiales) que desborden mis sentidos, sino que acallo y modero mis deseos. Esperando sólo lo que tú quieras darme. Confiadamente, como un niño en brazos de su madre".